LA OBRA NARRATIVA DE ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

POR

EDMUNDO RIBADENEIRA M.

Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito

A partir de la Revolución Liberal de 1895, el Ecuador asume una serie de cambios profundos, gracias a los cuales la rémora social y económica heredada de la Colonia abre paso a concepciones progresistas propias de un Estado concebido con criterio moderno. Bajo el signo alentador de la gran transformación que experimenta el país, también la cultura ocupa el puesto que le corresponde y, dentro de ella, la literatura de manera especial.

En efecto, apenas a nueve años de haber transcurrido el proceso que deviene de la Revolución de 1895, es decir, en 1904, aparece la novela del escritor ambateño Luis A. Martínez titulada *A la costa*, reflejo casi inmediato de los nuevos tiempos, libro que plantea de modo muy concreto la visión moderna de la novelística ecuatoriana, en función de lograr una definición auténtica de la realidad nacional.

Desde entonces, y en paralelo con el desarrollo histórico del Ecuador, generalmente tormentoso en medida igual a las novedades introducidas en los organismos e instituciones estatales, y a la resistencia tenaz que oponen los conservadores despojados del poder, se suceden hechos literarios y artísticos decisivos, a lo largo de una cadena de hitos sustanciales.

Un pequeño libro de cuentos, cuyos autores no pasaban de los dieciocho o veinte años de edad, conmueve definitivamente los ambientes literarios del país, al revelar de manera cruda y a veces brutal la condición en que vive la gente pobre del litoral ecuatoriano. Se trata de *Los que se van*, que Benjamín Carrión saluda con entusiasmo profético, pues en esa obra de autores juveniles cree ver el inicio de una literatura vigorosa, abierta y franca, acusatoria y justiciera, pero siempre en el marco de un buen oficio literario. Los autores de *Los que se van* eran Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta, a quienes se

unirán José de la Cuadra y Alfredo Pareja Diezcanseco y formar así el famoso Grupo de Guayaquil, «Cinco como un puño», es decir, generacionalmente unidos por ideales y sentimientos comunes, cuyo único sobreviviente es el escritor nombrado el último.

LA PRIMERA NOVELA

Y sin duda, para mi criterio, el más importante de todos. En mi libro publicado en 1958, bajo el título de *La moderna novela ecuatoriana*, sostengo lo siguiente:

De los modernos escritores guayaquileños, de aquéllos que se inician con *Los que se van* y que componían el llamado «Grupo de Guayaquil», Alfredo Pareja Diezcanseco es a mi juicio el de obra más sólida y continuada.

En Alfredo Pareja (...) se establece claramente una trayectoria creativa que no conoce pausas mayores, pues su obra abarca, por añadidura, varios géneros, como la biografía y la historia, en los que demuestra enorme capacidad y talento (...)

Y todo esto sin perjuicio de ejercer el periodismo, la actuación cultural, la actividad económica bancaria y la diplomacia, cuando desempeñara las funciones de canciller de la República. Este joven longevo, como lo calificara alguna vez, constituye un ejemplo de excepción en el panorama literario del Ecuador. También es interesante anotar que Alfredo Pareja Diezcanseco llega, sin transición narrativa previa, a la novela, sobre cuyo territorio se instala con inigualable señorío.

Su primera gran novela es *El muelle*, en la que a través de una acción que se desarrolla simultáneamente en Nueva York y Guayaquil, el autor descubre lo que le pasa a un cholo guayaquileño radicado en la tentacular urbe norteamericana, adonde ha ido llevado por la ilusión de hallar prosperidad. Mientras este curioso personaje de aventura vive las más diversas como insólitas experiencias, capaces de modelar una cierta personalidad en función de una toma de conciencia que llamaríamos obligatoria, en Guayaquil sufre lo suyo la esposa que dejó, María del Socorro Ibáñez, tal vez el personaje más estimable y cálido de esta novela de Alfredo Pareja. Diré de paso que, en mi concepto, Alfredo Pareja Diezcanseco siente predilección por las mujeres, que salen de su pluma beneficiadas por la simpatía amorosa del gran escritor guayaquileño. En *El muelle*, María del Socorro es víctima de la voracidad múltiple que abate a las personas humildes, incluidas las relaciones sexuales forzosas, mientras su esposo, Juan

Hidrovo, lucha desesperadamente por abrirse campo en Nueva York. La historia termina unida al destino inicial de los personajes, vencidos por las circunstancias, que no alcanzan a comprender por ser personajes típicos de una inocencia social muy discutible.

POSTAL COSTEÑA

A la anterior sigue *La Beldaca*, novela de ambiente marino encarnada por personajes de distinto diseño humano, que van desde Jesús Parrales, sencillo y rústico hombre enamorado intensamente del mar, hasta Alfonso Vélez, adinerado pero bueno, pasando por Armando Vélez, su sobrino, truhán y explotador. Novela de clima tan tranquilo como neutral, casi como una postal de la costa ecuatoriana, *La Beldaca* es una limpia demostración de cómo Alfredo Pareja Diezcanseco modula y modela sus argumentos y sus personajes.

UNA BRAVA MULATA

Viene luego *Baldomera*, otro retrato magnífico de mujer, pero en esta ocasión ya no es el molde ingenuo y apacible de María del Socorro Ibáñez, sino el ejemplo de una negra hombruna, poseída por un extraño aunque inexplicable, para ella, sentido del honor y la justicia, que le impulsa a tomar partido por los oprimidos. En la novela aparece también otra mujer, Celia María (la segunda María novelística de Alfredo Pareja), que es la contraposición total de la mulata Baldomera. Esto es, de nuevo la mujer ingenua como su antecesora de *El muelle*, asimismo presa fácil de la perversidad masculina. Y está el bandido Lamparita, de perfiles románticos y tiernos, compañero de Baldomera en materia de carne y veladas inquietudes sociales.

Y así como en *La Beldaca* Alfredo Pareja luce notables condiciones de narrador épico, cuando describe un pavoroso incendio ocurrido en Guayaquil, en *Baldomera* ratifica tales atributos, en el caso de la masacre que en la misma ciudad tuviera lugar, el 15 de noviembre de 1922, fecha enlutada de la historia ecuatoriana, pero a la vez clave en la formación de la conciencia social del pueblo, especialmente de los obreros, y en la formación de los partidos políticos de la izquierda nacional.

Mucho se ha hablado en el sentido de que la literatura ecuatoriana carece de humor y de amenidad. La única explicación posible al respecto, a lo menos a nuestro modo de ver el problema, radicaría en la realidad

del país, la hosquedad que caracteriza la lucha diaria por la vida, los rezagos coloniales, la dureza de la política dominante. Como quiera que sea, la verdad es que, en contraste con la naturaleza propia y hasta típica del pueblo ecuatoriano, tan dado a las bromas, a la ironía lacerante, a la sátira social y a la caricatura política, la literatura no ha podido o querido reflejar aquella naturaleza, relegando a los personajes sabrosos y auténticos al plano de la anécdota.

Sólo una novela ha pretendido salvarse del rigor dramático y la seriedad que envuelve a todas, como un aire común irreversible, aunque, dicha sea la verdad, no obtuvo el éxito que su autor esperaba. Me refiero a *Don Balón de Baba*, de Alfredo Pareja, que pareciera evocar la humana ridiculidad del Quijote, o tal vez de ese Tartarín de Tarascón francés, ambas evocaciones, en todo caso, inmersas en una concepción atrabiliaria del hombre y la humanidad. Pero si Alfredo Pareja apenas logra sacarnos muy fugaces sonrisas mediante las aventuras de Don Balón, nacido en Baba, provincia de Los Ríos del Ecuador, en cambio nos llena de admiración por la belleza de la palabra, que maneja con una maestría indudable, digna, ahora sí, de la pluma de Cervantes.

La necesidad de incorporar a la novela ecuatoriana la carcajada como elemento de ruptura y oposición a lo serio y penoso se mantiene en términos generales, bien es cierto que el joven escritor Iván Egüez ha logrado amenizar la narrativa nacional con novelas tan ágiles como sabrosas.

ADENTRO DEL HOMBRE

De pronto, Alfredo Pareja ha decidido entrar en la psicología del hombre y buscar en ella las razones o las sinrazones por las cuales las actitudes y posiciones humanas adquieren pronunciamientos aparentemente inexplicables. El hombre hacia adentro de sí mismo, en definitiva, motivado por circunstancias especiales, capaces de transformar la imagen cotidiana al invertir sus valores visibles, cifrando, en cambio, su pensamiento y su carácter.

Y qué mejor escenario para afrontar este problema de identidad social y humana que la cárcel, conocida por Alfredo Pareja cuando, en una de sus actividades políticas, fuera arrestado por la policía. Allí, en la cárcel, el autor conocería, además de su propia experiencia, una realidad diferente a la normal de los días habituales, los secretos, en suma, del presidio como tal. De este importante libro de Alfredo Pareja dije, en 1958, lo siguiente:

Por intento de violación y asesinato consumado, Nicolás Ramírez, guayaquileño, es condenado a dieciséis años de presidio. Una vez en el Panóptico conoce, de entrada, los peores castigos corporales. Incitado por un criminal avezado, pretende fugarse, sin conseguirlo, lo cual le significa una represalia atroz. Así las cosas, Nicolás Ramírez se convierte poco a poco en un introvertido, para quien la prisión le va resultando el mejor de los mundos posibles. El factor material que en una cárcel adquiere contornos tremendos, dada la rudeza del régimen, pierde toda importancia para él, e, inclusive, se siente feliz de encontrarse dentro de lo que él llama «mi casa querida». Este sentimiento opaca su mirada, bajo cuya sombra juzga piadosamente al resto de sus compañeros, a quienes compadece con frecuencia, no porque comprenda en sus proporciones exactas la cruel realidad por la que atraviesan, sino porque ellos no son ni piensan como él. Se informa, desde luego, de algunas historias criminosas, las más de las cuales se reducen a delitos pasionales más o menos parecidos al suyo. Y esto le aferra en mayor grado a las ideas que sostiene.

LA MADUREZ PLENA

En *Hombres sin tiempo* ocupa lugar clave Margarita, dentro de los mismos matices femeninos que tan gratos son para Alfredo Pareja.

En *Las tres ratas* el autor enfrenta y afronta la responsabilidad de movilizar, definir y rematar tres figuras de mujer distintas entre sí, no obstante ser hermanas. Comienzo por afirmarme en la idea de que esta novela marca la plena madurez de Alfredo Pareja, razón por la cual la obra alcanza caracteres indelebles. Estas mujeres, además, ya no son aquellas figuras delicadas pero un poco inverosímiles que Alfredo Pareja nos había entregado anteriormente, sino todo lo contrario: reales, verídicas, humanas en su contextura a veces depresiva, dura a ratos, contradictoria, inmersa en las aguas arremolinadas de la vida.

Carmelina, la rata grande, es algo así como una implacable vestal del honor familiar, que ella protege con extremado celo, en memoria de un pasado de grandeza más bien sospechosa. Ella es la guardiana de la decencia y, por ser mujer virgen, no concibe nada que fuera opuesto a la moral que profesa.

La rata Eugenia es la que más impresiona y convence por la precisión de sus rasgos y trazos humanos, porque es una luchadora resuelta a imponer el sentido honesto y vital que tiene de la realidad social, porque es una mujer idealista y porque, al fin y al cabo, lleva un hijo en sus entrañas que atesora como una promesa de un mundo que debe cambiar, no sabe cómo, pero que lo intuye en medio de una vaga esperanza.

Ana Luisa, la otra rata, es apacible y tierna, sin duda la mejor como referencia y encarnación de una humanidad que ella comprende y asimila a través de los libros que lee y del amor que siente por su hombre.

Tres personalidades, pues, que postulan actitudes diversas frente al mundo y la vida, pero que se complementan de todos modos como expresiones que, procedentes de un tronco familiar común, se integran dentro del cuadro cotidiano de la vida que comparten a pesar de las desavenencias. Acierto dialéctico, si cabe, de Alfredo Pareja. Desde luego, la vida de las tres ratas incluye un obvio componente masculino, la piedra de toque, en muchos casos, de las reacciones íntimas y conceptuales de las mujeres. Se trata de hombres asimismo distintos, cada uno de los cuales ve la vida a su manera. Su influencia en los sentimientos de las hermanas enriquece su relación fraterna y social, en medida igual a los conflictos que genera, a las dudas, temores, etc.

UN GRAN FRESCO HISTÓRICO

Alfredo Pareja encara luego el compromiso difícil de escribir una verdadera novela-río, capaz de reflejar una etapa decisiva de la política ecuatoriana, a partir de la llamada «Revolución Juliana de 1925». Se trata, sin duda, de la obra narrativa más extensa y ambiciosa del nuevo relato nacional, y desde luego la expresión unitaria del novelista y del historiador que hay en Alfredo Pareja, escritor de múltiples y siempre ricas virtudes creadoras.

Esta novela-río, publicada bajo el título genérico de *Los nuevos años*, nos muestra una visión global del país a lo largo de treinta años de desarrollo difícil, convulso, agitado siempre por las pasiones políticas que, por desgracia, continúan hasta nuestros días. Diría, en consecuencia, que el gran protagonista de esta novela caudalosa es el Ecuador, descompuesto, naturalmente, en muchos personajes, cada uno de los cuales representa una faceta, humana o política, de la época. Novela llena de claves, verídica y sustancial, *Los nuevos años* constituye el aporte más serio que Alfredo Pareja brinda a la literatura del Ecuador.

LAS NUEVAS TÉCNICAS

Receptivo y, si se quiere, sensible a las corrientes literarias contemporáneas, como las que se identifican bajo el nombre sonoro de *boom*, Alfredo Pareja Diezcanseco, quién sabe si también poseído por el capricho

creador, por el reto moderno, longevo joven, repito, publica dos novelas en las que aparecen conceptos y técnicas desconocidos antes en la novela ecuatoriana. Me refiero a *Las pequeñas estaturas* y *La Manticora*, novelas que demuestran hasta qué punto su autor ha sido capaz de actualizarse, de proponer renovaciones formales que enriquezcan la narrativa nacional o, cuando menos, de entrar en el campo del laboratorio literario con calidad y valentía.

Curiosamente, han sido dos escritores de los años treinta quienes han arremetido contra su propio estilo, si cabe decirlo así: Demetrio Aguilera Malta, en cuya obra es posible rastrear evidencias inobjetables de realismo mágico, años antes de que esta tendencia alcance pleno auge, y Alfredo Pareja Diezcanseco con las dos novelas mencionadas.

Terminaré este estudio, tan breve como panorámico, acerca de la obra de Alfredo Pareja transcribiendo de mi libro *Universidad, Arte y Sociedad* las siguientes palabras:

Porque en Alfredo Pareja hay algo más que inclusive debería tomarse como un elemento sustancial de la categoría estética: la sencillez humana, síntoma inequívoco de la más genuina grandeza creadora. Cuando, en esta virtud, nos consta que se antepone la imagen cordial a la del escritor con derecho a sentirse envanecido o distante, no se puede menos que recordar aquello que se dijera del agua: menos sabor tiene mientras más pura es.